

# Viaje

À LAS

## MISIONES ARGENTINAS Y BRASILERAS

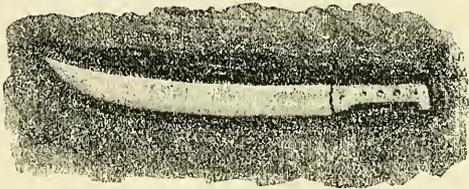
POR EL ALTO URUGUAY

POR

JUAN B. AMBROSETTI

(Conclusion. — Véase la página 336 del tomo IV)

Los tariferos armados de grandes facones de madera dura pesados, de 1 á 1 1/2 metro de largo, se colocan á uno y otro lado de la cancha y empiezan á golpear la yerba durante 1 ó 2 horas hasta dejarla bien canchada, es decir, lo mas quebrada posible.



MACHETE DE MONTE

Los dias de fiesta no trabajan, salen á melar ó á cazar y solo están obligados á la canchada de la yerba traida el dia anterior. El campamentero es el que mas trabaja; tiene que hacer la comida y traer leña, cuidar del fuego del cariyio, etc. Los dias de lluvia los tariferos tienen obligacion de traer ya sea leña ya tres arrobas de yerba en hoja para ganarse la comida. Todo tarifero que encuentra un árbol de yerba, lo limpia abajo y hace el zapecador, tiene derecho al árbol y ninguno se lo toca. En la fabricacion de la yerba por este sistema, admite hasta un 10 % de Cauna (*Ilex ovalifolia Bompl.*) para darle buen color y un poco de amargo; pero muchos yerbateros sin conciencia le ponen hasta un 100 % y no solo cauna sinó tambien otras hojas, como ser yerba de anta, siete sangrías, azota caballo, canela de venado, etc., lo que hace que la yerba preparada de este modo desmerezca mucho. Estos son los defectos del sistema brasilerero. La yerba una vez

seca y canchada representa la mitad justa de su peso en hoja.

El sistema paraguayo es muy distinto; primeramente el tarifero no lleva al campamento sino los gajos chicos con las hojas, todos los gruesos son desechados; por eso es que en la yerba paraguaya no se ven esos palos gruesos que tienen las otras yerbas. Despues los paraguayos, casi nunca la mezclan puesto que los yerbales donde trabajan son muy grandes y no necesitan echar mano de otros árboles para suplir la falta de yerba. Tampoco usan el cariyo sino el barbacuá que es una especie de cariyo cubierto por arriba completamente y el fuego lo lincen con ciertas maderas, como la cabriuva ó incienso y otras que le dan un sabor especial.

La yerba canchada y depositada en el noque es acondicionada despues en grandes sacos de cuero que se llaman brucas y cargada en las mulas para ser conducida al puerto mas inmediato, donde se embarca así ó despues de molida.

Para moler la yerba se usan todavía mucho los monyolos que son molinos primitivos.

Están formados de un solo trozo de madera: una de las extremidades escavada con un gran hueco y la otra, lleva una ó mas puntas de madera tambien, cortadas en forma de escoplo. Este trozo se coloca sobre un eje al lado de un salto de agua; el agua al caer llena la escavacion del monyolo y aumentando el peso baja levantando la otra extremidad; al bajar, el agua de la concavidad se derrama, y entonces la extremidad armada de puntas, cae con fuerza sobre otro trozo de madera escavado tambien y colocado en el suelo en el que se pone la yerba que vá quebrándose y moliéndose á fuerza de golpes. Un monyolo bien hecho dá 20 á 22 golpes por minuto y puede moler diez y ocho arrobas diarias.

Antiguamente se molia la yerba á mano.

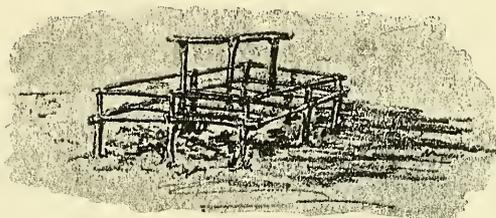
Rodeando una batea larga, llena de yerba canchada en el suelo, se colocaban los hombres armados de pisones de madera dura cuya parte inferior estaba cortada en forma de escoplo; al compás de cantos monótonos levantaban y dejaban caer los pisones hasta que quedaba molida.

La yerba así molida era enzurrugada en tercios de cuero, que hoy solo se usan en el Brasil, pues en el Paraguay y la Argentina no se emplean sinó bolsas que dan igual resultado y son menos costosas.

Vimos tambien muchos Guaraypos y Manduris en la picada, que nos revelaban debian estar cerca las colmenas; mis peones quisieron melar pero como no estaba para perder

tiempo, no les permití: á mí no me gusta la miel; me empalaga muy pronto. Esa gente, si tienen obligacion de voltear un árbol por necesidad, rezongan y lo hacen de mala gana, pero por melar son capaces de trabajar dos horas con el hacha; todos son sumamente golosos.

Llegamos al fin á Layüs, cazamos insectos en abundancia, principalmente coccinélidos y hemípteros, y una mariposa muy curiosa que sorprendió á Felipe; se hallaba prendida en los yuyos, al agarrarla lanzó con fuerza una gran cantidad de materia cerosa que segrega en hilos muy finos y blancos como un copo de algodón: gran parte de ésta se desprende y como es mas liviana que el aire flota en él.



CARIYIO PARA TOSTAR YERBA

Mas adelante cazamos otra y repitió la misma operacion. Debe ser una arma defensiva para cuando un pájaro ó algun otro insecto agarren á la mariposa, se asusten con el copo lanzado violentamente, y al largarla pueda escapar mientras se reponen de la sorpresa.

Al otro dia temprano nos embarcamos con todos los trastes, muy agradecidos de Maidana que fué muy atento con nosotros y despues de cinco horas de marcha aguas abajo con un sol terrible, llegamos á la Colonia Militar.

Dos dias despues debíamos seguir por la picada de Paggi á San Pedro.

## CAPÍTULO XIII

### DEL URUGUAY AL PARANÁ: EN PLENA SELVA ARGENTINA

La picada de Paggi á San Pedro — Su historia — Las Baranas—Fracrão — La derribada — El Tacuarembó — Pinares—San Pedro — Los Indios coroados—El tiro de flecha—La Picada de San Pedro á Pirai—El monte—El tacuaruzú—El Paraná.

Eran las 8 de la mañana, Fragoso el tropero no aparecía: dieron las 9 y recién llegó un hijo de él con una canoa, nos embarcamos y atravesamos el Uruguay. Una vez en casa de Fragoso, éste fué á buscar las mulas; se ensillaron y cuando estábamos listos para salir, fué necesario que lo esperásemos para almorzar: nos convidó con un revirado (1) de gallina, pero nosotros ya habíamos comido; al fin dieron las diez y ya farto de paciencia monté la mula y dí la órden de partir.

A las 10 1/4 nos pusimos en marcha; habíamos convenido salir á las 5 de la mañana. Esto lo hago constar para dar una idea de la actividad de la gente por esas alturas.

Entramos á la picada, atravesamos un monte alto, haciéndole de vez en cuando una reverencia á algun tronco atravesado en ella; seguíamos bajo el fresco agradable de la sombra de los árboles, llegamos á unas grandes capueras (2) vimos algun tabaco plantado y despues de bañarnos por un rato, en la luz del Sol de las once, volvimos á gozar del fresco de la sombra. El monte seguía uniforme, subíamos un cerro y lo bajábamos, causándome este ejercicio una estraña sensacion. Pasamos el cerro costa del Uruguay y atravesamos el Layado naranjo ó Larangeira ocho veces; cruzamos el cerro del Monyolo viejo, el Layado de los galpones y despues de subir su cerro, bajamos el cerro de Malaquias, y llegamos á las 6 al arroyo Marconde ó Pais, donde nos preparamos para pasar la noche en un antiguo campamento de yerbateros: al dia siguiente continuamos la marcha.

---

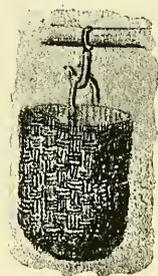
(1) *Revirado* es un plato brasilero que se usa en viaje. Puede hacerse de cualquier carne frita ó hervida que se pone en una bolsa llena de fariña.

(2) Capuera es un terreno que ha sido rozado, plantado y despues abandonado, que la vegetacion ha vuelto á cubrir.

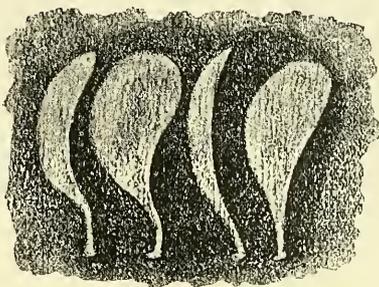
Seguimos marchando, encontrando como á 15 cuabras otro campamento de yerbateros: mas adelante hallamos un gran mojon de Angico marcado á cuchillo, J Q 1891, y del otro lado con la cifra XIV 78.

El monte seguía mas ó menos lo mismo, alto, con grandes árboles cerrados á uno y otro lado, entrelazados con los enormes izipos que como cuerdas gigantes cas los sujetan al suelo, coronados por los Guaimbes llenos de hojas preciosas de 50 centímetros á 1 metro asegurados á los troncos por sus innumerables raíces largas, otras veces los árboles eran sustituidos por innumerables helechos arborescentes de un aspecto encantador.

Mas adelante despues de pasar un arroyo, encontramos á la izquierda la boca de la picada del campo grande, bajamos el cerro del Puerto, cruzamos el arroyo Paso profundo, un campamento y llegamos al arroyo del *mal jogo* donde hicimos noche: el calor era muy fuerte, pero una vez que oscureció, empezó á refrescar.



CESTO DE TACUARA PARA  
CONDUCCIR YERBA



MACHETES DE MADERA PARA CANCHAR  
YERBA

Toda esa noche llovió, y el día siguiente amaneció nublado: despues de subir el cerro del *mal jogo*, lo descendimos por su bajada grande: atravesamos unos cerrillos y el layado de las Cangallas, empezando á trepar despues el tremendo cerro del mismo nombre sumamente alto y empinado. Fué necesario prenderse de la cabezada del recado porque no habia otro remedio: las mulas se paraban cada momento para tomar alientos y cuando volvian á subir al trote eran los apuros: el tacuarembó, el terrible tacuarembó nos esperaba á cada paso:

agachándonos, cuerpeando, haciéndonos á un lado, para evitar cortarnos ó recibir sus caricias de fuego lo subimos al fin.

Bajamos del otro lado: recién me di cuenta de la importancia del rabicho, sin él el recado se hubiese escapado por las orejas de la mula.

Una que otra mata de caraguatá aparecía, el monte volvió á presentarse alto, lleno de tacuarembó: seguimos subiendo y bajando cerros pequeños y costeamos el arroyo Paraíso, que vemos entre medio de los árboles, espléndido, muy ancho, con su fondo de piedra lamida por un agua clara y lleno de troncos y raigones que las grandes crecientes arrastran en medio de un ruido infernal; como á las 11 salimos del monte y entramos en las Campiñas de las Baranas.

Describir la sensación que se experimenta al encontrarse en un campo bañado de luz, cuando se ha marchado casi tres días en el monte, sin ver mas que árboles y no teniendo la vista sino un campo muy reducido de acción envueltos siempre en una claridad difusa, es algo que no se puede describir: parece que los pulmones se ensanchan: dan ganas de galopar, de reírse y hasta de cantar.

Volvimos á entrar en la picada oscura, sin sol, donde volvian á esperarnos el tacuarembó y la uña de gato; eché una última mirada á aquel singular oasis y con un sentimiento parecido al del final de un placer corto, di un rebencazo á la mula y me interné siguiendo el sonido triste y monótono del cerro de la madrina; bajamos un cerro, cruzamos un layado, subimos otro cerro, lo bajamos: pasamos otro layado y llegamos á la oracion á Fracrão, despues de pasar un gran trecho entre grandes árboles con helechos, ortiga brava, etc.

Fracrão es otra campiña que en un tiempo fué toldería del cacique Fracrão de los Indios Coroados (nacion Tupis) hoy desierta; existen las ruinas de una casa muy buena de madera que perteneció á don Pedro Gonzalez, pero los troperos cuando pasan allí, en lugar de traer leña del monte que lo tienen al lado, encuentran mas cómodo arrancar las tablas de las paredes ó las tejas de madera para hacer fuego; hoy no queda sino el esqueleto de la casa.

Como llegamos un poco temprano y teníamos tiempo para dormir, me hice contar la historia de la picada por Fragoso, que como vecino viejo de esa parte de Misiones, la conocia:

Hace 20 años, un brasilero, Antonio Mescias, entró por el arroyo Puerto con un compañero para descubrir yerbales y buscar las campiñas de las Baranas de cuya existencia se

tenía conocimiento por los Indios; despues de mil peripecias el compañero lo abandonó en el monte y se volvió: por poco deja la vida en manos de los Indios.

Uno de ellos le estaba apuntando con la flecha, cuando fué contenido por otro que le dijo, que siendo solo, no debían venir con malas intenciones y que por lo tanto no le tirara, además que él lo conocía y que era cristiano bueno.

Viéndose Mescias solo y sin provisiones tuvo que volverse.



BARRA DEL ARROYO IPANÉ (ALTO URUGUAY)

Al año entraron Manuel y Eleuterio Correa (no eran parientes) brasileros tambien y despues de mucho andar llegaron á las campiñas de Baranas pero como, sin tener alimentos, sin pólvora, sin municion y sin perro, hasta el punto de encontrarse con una piara de chanchos salvajes y no poder matar ninguno, pero la Providencia ó la casualidad los salvó y despues de andar un mes y diez y siete días perdidos en los montes comiendo cogollos de palma y melando una que otra vez, estenuados sin fuerzas y dados completamente á la

desesperacion en medio del bosque virgen, lastimados y casi sin poder marchar, llegaron al arroyo *paso fundo*.

Eran hombres muertos, les era imposible dar un paso, ya se habian resignado á morir, cuando oyeron tiros y gritos en direccion á ellos.

Aquellos cadáveres vivos, debieron reanimarse y juntando toda la fuerza que sus pobres pulmones podian reunir, empezaron á llamar. . . . dos horas despues caian en brazos de sus compañeros, que encabezados por Joaquín Domingo habian salido á buscarlos. Manuel Correa, el mas viejo, ya no podia comer, tuvieron que alimentarlo y llevarlo alzado, porque habia perdido las fuerzas para caminar y así llegaron á los galpones en donde necesitaron mas de un mes en reponerse los dos Correas. Poco tiempo despues y ya con los datos de éstos, entró Pedro Paggi con tropas de mulas y abrió la picada, que aunque borrada en parte, se conserva y sirve de via de comunicacion entre el Uruguay y San Pedro.

Muy temprano seguimos la marcha: atravesamos unas cañueras antiguas, el arroyo Socorro, bajamos dos cuestras y llegamos al Layado grande: el monte cambiaba de aspecto: poco despues de salir de Fracrao empezamos á ver los terribles efectos de un ciclón. Todo el monte estaba en el suelo: los árboles arrancados de raiz, nos presentaban á cada paso el paredon de sus raices de 2 y 3 metros de altura y los pozos dejados por éstos se abrian á cada instante en el suelo, otros tronchados por la mitad, erguian su muñon deforme, íbamos saltando troncos, pasábamos debajo de gajos enormes que se sostenian en el aire apoyados al suelo por una de sus puntas; la ramazon, las piedras, y aquel inmenso maderamen roto, tirado, derrumbado, presentando puntas y obstáculos por todo, hacía que nos convirtiéramos en gimnastas por fuerza.

Vefamos bien el cielo, pero con un sol de las once que nos quemaba y para concluir la obra de obstruccion, el tacuarembó, como ola invasora todo lo cubria con su espeso matorral, troncos, árboles, ramas picada ¡que picada! pique abierto de nuevo hacía poco por unos troperos en medio de aquella maraña infernal. Teniamos que ir á lo indio por las costillas de la mula, era imposible pasar de otro modo, no valian los machetes; el tacuarembó con su red de mimbres oponia una resistencia tenaz; además hubiera sido obra de romanos el abrimos paso con ellos.

Tres leguas de esta manera tuvimos que hacer; cuando el

tacuarembó nos permitía, por espacio de un minuto ó dos, volver á nuestra posición natural, veíamos á lo lejos perderse entre el monte la derribada, que tiene una extensión enorme.

Seguíamos de esta manera subiéndola sierra, en donde encontramos un yerbal respetado por el ciclón, cruzamos el arroyo Paso de los 23 y llegamos al Peñón de agua donde almorzamos: en esa travesía se nos cortaron dos mulas con el tacuarembó, las que tuvimos que curar.



BARRA DEL ARROYO YABOTV (ALTO URUGUAY)  
(Impropriadamente llamado por los brasileros *Pepiri miní*)

Salimos del Peñón de agua y empezamos á ver otra vez algunos pinos y los primeros tacuaruzos: pasamos el arroyo de los Castellanos y un campamento de yerbateros, el arroyo del Marco quemado con otro campamento; el monte aquí es alto con pinos: vuelven á verse los helechos arborescentes que en ciertas partes abundan; y por fin, molidos y extenuados, llegamos á la encrucijada con la picada de San Pedro á Piray Guazú.

San Pedro de Monte agudo está situado en medio de un enorme Piñal rodeado de yerbales: no es precisamente una abra, sino un campo alto, lleno de monte, de árboles altos, limpio abajo, en una palabra, un fascinal; tendrá 30 casas entre todas, ninguna de negocio: unas 7 son de blancos y las demás las ocupan el *resto* de la tribu del cacique Maidana.

Estos Indios son Coroados de la nacion Tupi y fueron anteriormente pobladores de Fracrão; despues de la costa Paraná y hace unos años, están establecidos en San Pedro, completamente mansos. Todos los jóvenes se ocupan en los trabajos de yerba, para lo que son excelentes peones.

Viejos no existen mas que el indio Tomás y el cacique Maidana, que no es indio sinó correntino, capturado por los indios de Fracrão cuando tenia 14 años y que el haber vivido con ellos tanto tiempo lo ha hecho mas indio que todos ellos.

Viven en casas bastante buenas y grandes, hechas de tabla de pino, paredes y techos. Apesar de hablar portugués y de estar en contacto con éstos, no han podido asimilarse aún; los indios jóvenes nacidos allí visten á la europea y ya no saben manejar flecha ni subirse á un pino para recojer piñones; trabajan muy bien en los yerbales, pero fuera de eso se lo pasan tomando mate todo el dia.

De vez en cuando hacen grandes batidas de caza y son sumamente aficionados á melar, hasta el punto de comerse tambien las larvas de las abejas.

Acompañado de D. Pedro Gonzalez fuí á visitar los Indios, entre ellos á Tomás, el mas viejo de todos, el único escapado á la viruela y á la influenza, enfermedades que han concluido con todos los viejos y muchos jóvenes, hasta el punto de quedar reducidos á 30 familias. El viejo Tomás nos recibió sentado: entramos á su casa, llena de mujeres é indios, que encontramos unos comiendo, otros pisando maíz y uno tocando la guitarra, imitacion de las nuestras, con cuerdas de piolin en su mayor parte, la que rascaba con furor, produciendo sonidos que de todo tenían menos de musicales. Le pedimos que nos mostrara las flechas, á lo que accedió trayéndolas. Se componian de un arco hecho de angico envuelto en corteza de guaimbe y de 8 flechas de angico y tacuarembó adornadas de plumas y guaimbe con puntas de fierro, hueso, madera y dos virotos que son flechas, pero que en vez de tener punta aguda, rematan con un cono invertido de madera, esto es, con la base hácia afuera. Las flechas con punta de fierro las emplean para caza

mayor; tigres, antas, tatetos, venados, etc.: las de punta de madera para pescar, las de punta de hueso para los monos y aves grandes y los virotos para los pájaros chicos, que caen por el golpe que reciben del cono de madera.

Como andaba un mono carayá sobre un pino, le pedí que le tirara. Tomás templó su arco, puso una flecha, estiró el brazo, apuntó, la cuerda adquirió el máximo de tensión y partió la flecha: oí un grito extridente y vi el mono ensartado que caía: los indios aplaudieron á su modo un rato y poco después el mono estaba cerca del fuego clavado en un asador.

Al amanecer continuamos viaje; marchamos entre pinares con una que otra mata de caraguatá y de cactus.

A las 8 habíamos llegado al arroyo Capas, habiendo cruzado antes un layadito, el L. Macaco en terra, el L. del Marco, el Arroyo Cuero y la posada del Palo de Yerba. El terreno hasta allí era suavemente ondulado. El monte seguía siempre alto, encontrando de vez en cuando tacuarembó, tacuaruzú ó tacuara. Los árboles de timbauba, grapiapuña, cañalistola, cangaraná, siete capotes, sangre de drago, angico y siete sangrias, iban sucediéndose interminables.

Una que otra mancha pequeña de yerba se veía aún. Los isípos abundando siempre, enroscados á los árboles como gigantescoas boas, ya uniéndolos entre sí ó amarrándolos al suelo, parecían como el cordamen de una embarcación inmensa. Los guáimbes matizaban los troncos con sus grandes hojas recortadas y los envolvían con los innumerables filamentos de sus raíces. Grupos de cedros parecían adornados con papel picado con sus hojas simétricas y caídas á los lados de las ramas.

Los gruesos inciensos ó cabriuvias, las canelas diversas, los árboles de loro oprimidos por los liguerones que como enormes pulpos lo cubrían con su corteza; las palmeras dispersas alzaban el gracioso penacho alargando su tallo, buscando siempre un poco de sol.

Las caumias parecidas á la yerba, los grandes tarumús con la base de su tronco recortada, las cerezas, catiguas, vacús, guayabí, guaviroba, ivirarós, tayubas, alecrines, guayubirás, tímós se alternaban, se juntaban, se intrincaban, luchando todos en un asalto desesperado hacia el espacio en busca de aire y luz, y sobre ellos, irguiéndose magestuoso el pino con su copa simétrica.

En el suelo troncos caídos, llenos de parásitos sobre un colchon de hojas diversas, helechos, plantas de toda especie,

yuyos, isipós rastreros, tacuaras, ramas de mil formas, quebradas, mutiladas, gajos de pino mústios y secos, cortezas pulverizándose, caraguatas, uñas de gatos con sus espinas traicioneras, todo mezclado y confundido.

Llegamos despues de pasar un estribo de la cordillera al arroyo de la hibernada, viendo antes en un árbol de rabo de macaco la siguiente inscripcion: C. A. L. 529, que quiero decir, Comision Argentina de Límites y la cifra, alguna indicacion métrica, puesta por D. Valentin Virasoro, quien no pasó precisamente por la misma picada sinò por otra hoy cerrada.

Al otro dia seguimos marcha temprano: llegamos al arroyo de la Barra, pasándolo dos veces, y despues de andar una legua, vadeamos el espléndido Rio de las Antas, que estaba bastante crecido y corria mucho. Tres veces pasamos despues el arroyo de las Islas y del Veado, hasta el Arroyo Liso, llamado así porque su lecho es de piedra como una mesa de billar.

Llegamos al arroyo Leon: subimos despues su cerro que es el mas alto que se encuentra en esa picada, pero que no es comparable con ninguno de los que se hallan antes de llegar á San Pedro, lo bajamos y llegamos al Saltiño y despues de cruzarlo empezamos á entrar en la region del Tacuaruzú. He visto y cruzado picadas feas, pero como ese trecho nunca.

Al otro dia temprano lloviendo aún, nos pusimos en marcha: si la víspera fué marcha pesada por el Tacuaruzú, ésta fué espantosa: casi toda la mañana tuvimos que andar, ya sobre el pescuezo, ya sobre las costillas de la mula; á cada momento perdíamos los estribos ó nos atracábamos entre las cañas ó nos retorciamos para evitar un arañon de sus espinas, mientras las mulas, por seguir á la madrina, atropellaban por todo.

Al fin, despues de tanto, llegamos á un lugar de monte alto: habíamos pasado el Saltiño, el Cariginío, el Contaje llegando al Pinarciño en donde encontramos una tropa. Pirai estaba cerca: apuramos la marcha y al salir de la picada lo primero que vimos fué el alto Paraná: nuestra alegria fué grande: llegamos al depósito de los señores Guesalaga y Feraldo, pero el vapor habia salido hacia dos horas.

## CAPÍTULO XIV

### EL ALTO PARANÁ

El mapa de D. Juan Irigoyen.—Navegacion á vapor.—El comercio de la yerba.—De Piray Guazú á San Lorenzo.—Las canoas.—Don Joaquín Aramburú.—De San Lorenzo á Posadas.—La Virgen de Itapuá.—Supersticiones curiosas.—El libro del Dr. Holmberg.

Pirai Guazú es uno de los tantos puertos que tiene el Alto Paraná sobre la costa Argentina. No existe mas que un galpon de la empresa Guesalaga, Faraldo y C<sup>a</sup>, que sirve para depósito de las yerbas que elaboran en los yerbales de San Pedro y que conducen allí por la picada de donde acabábamos de salir. No hay ni una casa de negocio, nada absolutamente que indique que allí pueda formarse un núcleo de poblacion, siendo un punto tan importante que pone en comunicacion el interior de las Misiones con toda la costa, siendo puede decirse, el punto medio de la navegacion del Alto Paraná.



TROPA DE CARRETAS MISIONERAS

Pero en esta parte de Misiones es muy difícil que pueda haber progreso, por las grandes estensiones de campo que poseen algunos pocos propietarios que no se preocupan de ellos, al punto que muchos ni siquiera los han visto: lo único que se hace, es una explotacion salvaje de yerbas y madera sin sembrar una cuarta de tierra.

Parece ridiculo é imposible, pero es una gran verdad, allí donde todo produce tan bien, se lleva el maíz y los porotos de Posadas ó de otros puntos. Hoy entran á trabajar á los yerbales doscientos hombres y despues de la zafra todos se retiran, las picadas abiertas vuelven á cerrarse, la naturaleza recupera sus dominios momentáneamente invadidos y los tigres tatetos, venados, etc., se pasean tranquilamente donde el hombre derramó su sudor, que en Misiones no fecunda la tierra sinó los bolsillos de las grandes empresas. Las magnificas costas del Alto Uruguay y Alto Paraná se hallan despobladas: uno puede navegarlas todas y salvo uno que otro puerto de yerbateros ú obraje de madera, donde no se ven sinó algun galpon ó rancho provisorio, nada indica un principio de progreso.

El Río Alto Paraná, es navegable á vapor hasta el puerto de Tacurú Pucú sobre la costa Paraguaya, donde la empresa *La Industrial Paraguaya* tiene grandes depósitos de yerba, que explotan en inmensos yerbales.

Uno de los mejores planos del Alto Paraná que conozco, es el que hizo el agrimensur D. Juan Irigoyen el año 1870 á bordo de una cañonera brasilera. El señor D. Joaquín Aramburú, de Posadas, tiene una copia muy interesante y exacta.

Actualmente tres vapores hacen la carrera del Alto Paraná entre Posadas y Tacurú Pucú: el «San Javier» y el «Lucero», de la Compañía «La Platense», hacen un viaje mensual cada uno y el «Félix Esperanza», propiedad de D. Juan Goycochea, hace dos viajes sin itinerario fijo; además hay varios buques de cabotaje que viajan frecuentemente y un sinnúmero de canoas. Estas no son de un solo tronco como las que se usan en el Alto Uruguay, sinó en su mayor parte de tablas bien confeccionadas y muy grandes, que con 6 remeros andan con una velocidad notable.

El comercio principal del Alto Paraná y lo que dá vida y sostiene la navegacion, es la yerba, ya argentina, ya paraguaya; aguas arriba los buques van cargados de mantencion, mulas y peonada, y aguas abajo de yerba, que cargan hasta en la cámara y conducen á Posadas ó Villa Encarnacion. En Piray Guazú tuvimos que estar tres dias esperando que pasara algun vapor ó buque: el «Félix Esperanza» habia subido hasta el Iguazú: era necesario esperar su vuelta, consolándonos mientras tanto con un loco de maíz con agua.

Allí cazamos muchas mariposas que á millares se entreteñian en chupar las arenas mojadas de la playa y tan mansas

que se dejaban agarrar con la mano: las familias mas abundantes son *Papilionidae* y *Pieridae*.

Al otro día temprano llegó una canoa; en ella nos embarcamos y despues de media hora desembarcamos en San Lorenzo ó Gúirapaj.

La barranca de San Lorenzo tendrá como unos 30 metros: á 15 metros ví los restos de un galpon que la última creciente se había llevado. Las crecientes, tanto en el Alto Paraná como en el Uruguay, son muy fuertes: cerca de Tacurú Pucú me dijeron que la última había subido 45 metros sobre el nivel normal del Rio.

San Lorenzo es una pequeña poblacion paraguaya, que tendrá unas 35 casas diseminadas sobre la barranca; á una legua al interior está más poblada. El comercio principal es la yerba que la cargan en los vapores, bajándola á hombro. Cada vez me convenzo más que todo lo hace la costumbre: es necesario ver á esos hombres cargados con una bolsa de yerba al hombro, bajar las barrancas casi á pique que parece se derrumbasen cada momento, ejercicio que repiten seguido hasta concluir con la carga.

Cuando pasó para arriba el «Félix Esperanza», iba cargado de peones que se trasladaban á trabajar en los yerbales, todos con su paga adelantada, la que se habían gastado al salir de Posadas en fiestas y chupandinas.

Apesar de todo marchaban contentos y chacoteando á meterse al monte para no salir sinó á los tres meses que dura la zafra en un trabajo pesado como es el de yerbatero.

No faltaban tambien algunas mujeres paraguayas, tan guapas como los hombres y que aprovechan de esos viajes para acompañar á sus maridos legítimos ó provisorios con quienes comparten las fatigas del trabajo y del monte, lo que me hace creer que la mujer es un ser débil cuando no quiere ser fuerte, pero cuando quiere es mas fuerte que el hombre.

En San Lorenzo fuimos muy bien atendidos; el señor Fuentes, oriental y persona educada y muy atenta, nos proporcionó todas las comodidades que pueden exigirse en esas alturas.

La casa del señor Fuentes estaba revestida de tacuara brava que se rajan en sentido longitudinal con una hacha y abren un lado, quedando en forma de tablas de 20 centímetros de ancho, que bien colocadas forman una pared sólida, fresca y de un bonito aspecto. Obtuve por regalo de D. Ramon Fernandez unas flechas de los Indios Caingúas de cerca de

Tacurú pucú. El arco es un poco mas grande que el que usan los coroados, la madera de angico y cubierto con corteza de guaimbe; las flechas son mas largas: dos de ellas con punta de hierro anchas, hechas de hojas de cuchillos viejos, y otra de punta de madera aguda, tambien larga y bien trabajada.

La cuestion de los peones es una de las dificultades mayores con que tropiezan las empresas yerbateras. Como hay mucha competencia están muy mal acostumbrados, necesitando adelantarles dinero y no es raro que cada peon antes del trabajo haya cobrado 200, 300 y algunos hasta 500 pesos, lo que importa emplear un gran capital en salarios adelantados; además nunca falta alguno, aunque raro, que se mande mudar ó resulte no servir para el trabajo.

Se han hecho varias tentativas entre los comerciantes de Posadas y Villa Encarnacion para ponerse de acuerdo á fin de regularizar y evitar el sistema de adelantos á los peones, pero no ha dado buenos resultados; no han faltado algunos que no han querido entrar en los convenios y como es necesario que la accion sea igual y homogénea, no se ha podido hacer nada al respecto.

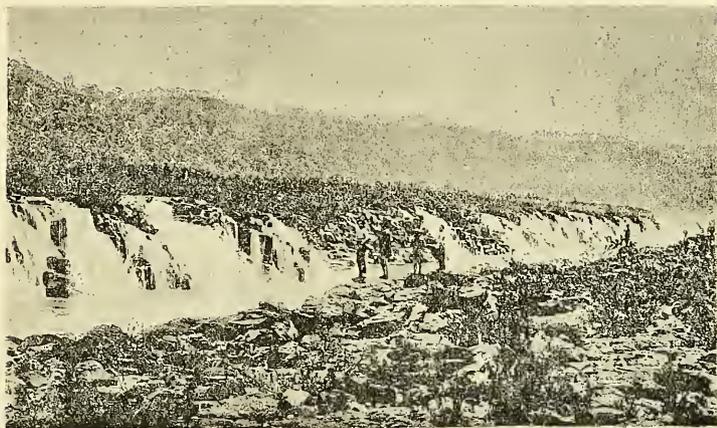
A las 4 1/2 de la mañana nos despedimos agradecidos del Sr. Fuentes y nos embarcamos en el «Félix Esperanza», que inmediatamente largando las amarras, marchó aguas abajo.

El Sr. Dioberti, uno de los pasajeros, venia de un establecimiento agrícola que tiene en el Alto Paraná, cerca de Iguazú, me mostró y me dió un mazo de tabaco colorado del que tenia plantado de semilla criolla, llamado Chilena, muy bueno y aromático; las plantas dan hasta 30 hojas y en vez de arrancarlas á mano como generalmente se usa, las hace cortar á cuchillo, así es que dan mayor rendimiento, algunas hojas tienen 6 cuartas.

El Presbítero Imossi y otro pasajero venian tambien de arriba con una coleccion de flechas muy curiosa de los Caingáas: este señor me dijo tenia muy lindas colecciones en Villa Encarnacion, pero desgraciadamente no pude visitarlas porque desembarcó antes.

El rio Alto Paraná es bastante ancho: las costas presentan barrancas no tan altas como el Uruguay: pasamos la Isla de Caraguatay, espléndida, colocada en medio del Rio en la boca del arroyo del mismo nombre, el puerto y Rio Paranay guazú, el Paranay miní, el rio Tembey (costa paraguaya), el Caru-abapé, el Cuña Pirú, el Yatay, donde hay un puerto yerbatero,

el Rio Pirapó (costa Paraguaya) el Ñacanguazú, el puerto de Yaguará-zapá, donde existe un gran obrage y plantaciones dirigidas por el Dr. Bertoni y empezamos despues á divisar las dos Islas gemelas que están delante de la antigua mision Jesuita de Corpus. Nos preparamos para pasar su salto, tomamos la costa paraguaya y cuando acordamos ya lo habíamos dejado atrás. El salto, no es sinó una corredera un poco fuerte, causada principalmente por las aguas del arroyo Pindoy (costa paraguaya); seguimos cruzando delante del rio Santa María (costa paraguaya), que pasa cerca de Trinidad; el arroyo San Ignacio, (costa argentina) próximo á las ruinas



EL GRAN SALTO DE MOCONÁ (ALTO URUGUAY)

Jesuitas de San Ignacio Mini, el Yabibery, que pasa por las ruinas de Loreto y de allí llegamos al puerto de Santa Ana donde está el Ingenio de azúcar que fué del General Rudecindo Roca; del antiguo pueblo Jesuita ya no existe nada, el Gobierno Nacional ha fundado una colonia allí, que cuenta hoy mas de 200 familias.

Sobre la costa y alrededor del Ingenio de azúcar, se ven inmensas plantaciones de caña que cubren el terreno ondulado hasta perderse de vista. El edificio que se destaca en medio

de ellas, es de material y elegante construcción; se vé también una red de ferro-carril portátil que se interna en los cañaverales.

De Santa Ana pasamos á la barra del arroyo San Juan, donde hay otro ingenio azucarero — el Primer Misionero — de allí á la reduccion de la Candelaria, hoy colonia nacional, con 300 familias más.

Después de salir de Candelaria pasamos al arroyo Garupá, cruzando por delante de la Isla de Itacuí.

Sobre costa paraguaya, al llegar á Villa Encarnacion, me llamó la atención mucha gente, principalmente mujeres, que estaban cerca de una gran piedra llena de velas encendidas. D. Joaquín Aramburu me dijo entonces, que allí se aparecía la Virgen milagrosa de Itacuí, entre una rajadura de piedra.

El agrimensor Queirel me ha contado que por allí tienen la siguiente costumbre: el que llega á Itacuí deja sobre la piedra algun dinero, 5, 10, 20 centavos, uno ó dos pesos, segun lo que puede; para que el que después llegue los recoja y reze por él.

Esta práctica se cumple religiosamente y tanta fé tienen en su eficacia, que una vez dos bandidos que habían asesinado una familia, lo primero que hicieron después fué depositar una parte de lo robado, sobre la piedra de Itacuí, para que la Virgen los protegiese en su fuga.

Felizmente por ahí los tomaron y como se resistieron la policía paraguaya los despachó al otro mundo. Si no tienen dinero depositan sobre la piedra un pedazo de pan ó cualquier cosa que pueda servir al que venga después, y esté seguro que recoge la ofrenda y reza para no incurrir en pecado. Este dato puede dar una idea de las curiosas creencias religiosas que tiene esa gente supersticiosa.

Con el Cerro del Monge descrito en el capítulo II sucede algo parecido.

Los Canoeros del Alto Uruguay no siguen viaje sin bajarse y encender una vela ó un cabo de vela cada uno, rezar y tomar un poco de agua, de otra manera cualquier trompada que dé la canoa, cualquier contratempo que suceda en el viaje, lo achacan al no haber cumplido con el Monge; los brasileiros empiezan á rezongar y por lo pronto lo tildan á uno de mason y le dicen *Meu amigo cou monge non se joga* y no hay quien los saque de allí; en cambio, una vez hecha la ofrenda, pueden ahogarse que no dejan de creer que el Monge los salvará.

Además, los vecinos cerca del cerro y algunos de San Javier, una vez que se casan, no dejan de visitar el Santuario del Monge, y después de rezar la novia viste á la imágen del Señor de los Desiertos con su traje de boda poniéndole la corona de azahar en la cabeza, de manera que la imágen presenta un aspecto el mas grotesco; como está hincado se vé aparecer la cara del Cristo de tamaño natural, llena de azahares, entre un monton de trages uno sobre otro, tendrá unos diez encimados. Son tambien raros los que no llevan escapularios y saquitos de reliquias colgados entre pecho y espalda; algunos llevan tres, uno bajo cada brazo y otro sobre el pecho, y otros llegan hasta coserse bajo la piel las reliquias; he visto á uno que creí tuviera dos tumores en el pecho y resultó que eran dos reliquias cosidas bajo la piel.

Hay reliquias para todo; contra las balas, contra los cuchillos, las fieras, los enemigos, las enfermedades y hasta para ser irresistibles en las luchas de amor.

A los pobres santos les adjudican papeles muy tristes; á fuerza de mucho trabajo y de unos pesos, pude hacerme mostrar lo que tenia adentro el saquito conteniendo la reliquia para el amor que llevaba un paraguayo.

Tuve que asegurarlo antes que como habia estudiado estas cosas yo podia abrirla sin pecado. Descosí el saquito y me encontré envuelto en un papel que tenia escrita una oracion con una letra infame que no pude leer, un santito de madera toscamente tallado, cuyo sexo no pude determinar; tenia algo de ídolo egipcio.

El dueño no me supo decir tampoco qué santo era y solo se conformaba con saber que era una reliquia que le habia dado una vieja que resultó su madrina, para que fuera feliz en el mundo, tuviera suerte con las mujeres y no le hicieran éstas daño.

A las 5 de la tarde llegamos á Villa Encarnacion, pueblo situado frente á Posadas, desembarcamos los pasajeros y cruzando el rio llegamos á esta última.

Habia visitado una gran parte del territorio de Misiones que ya conocia por las brillantes descripciones de mi buen amigo el Dr. E. L. Holmberg en su libro «Viage á Misiones» publicado en el «Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba» en 1887.

Ese libro me sedujo, puede decirse, y fué uno de los causantes del presente viage; su estilo ameno y sobre todo su verdad indiscutible en cuanto á los hechos observados, hacen de él, no solo una publicacion útil, sinó tambien agradable.

En el río, en la selva, en el campo, á pié, á caballo ó en canoa, durante todo el viaje, á cada momento me acordaba sin querer de algun pasage ó panorama análogo y sin darme cuenta donde habia visto otro igual revolvía mi memoria infructuosamente, hasta que al fin recordaba que aquellos árboles y aquellas escenas no eran sinó negros caractéres que marcaban sus contornos sobre las blancas páginas del libro de mi amigo Holmberg.

## CAPÍTULO XV

### DE POSADAS Á BUENOS AIRES

Posadas—Sociabilidad—D. Juan Goycochea—Villa Encarnacion—Las Paraguayas—  
Pequeños comercios—Vuelta á Buenos Aires por la via de Santo Tomé en diligencia—Misiones.

La historia de Posadas es bien conocida. La ciudad vale la pena de conocerse, tiene aspecto muy pintoresco, situada como está sobre una barranca no muy alta que entra un poco en el Paraná; su situacion geográfica determinada por la comision de límites con el Brasil es 55° 51' 3" de longitud Oeste del meridiano de Grenwich y 27° 19' 42" latitud Sud.

La edificacion moderna en su mayor parte es regular y bastante compacta; la plaza principal es un magnifico jardin perfectamente bien delineado y cuidado, rodeado de una calle de cedros jóvenes: en ella se ven entre plantas exóticas, muchas propias de la region, como ser grandes guainibés, ortigas bravas, helechos, etc.

En el frente Este de la plaza, está el magnifico edificio de la Gobernacion, que lo ocupa casi todo, de arquitectura moderna de las mejores: tiene espléndidos salones y un magnifico jardin en los patios; en el frente norte está la Iglesia, muy modesta y sencilla, con grandes corredores á los lados: apesar de esto no deja de ser agradable. Los demás frentes están todos ocupados con buenos edificios; un poco afuera de la ciudad hay un Hospital, sostenido por la Sociedad de Beneficencia de señoras.

La poblacion de Posadas alcanzará á unas 5.000 almas con el Departamento; su comercio es muy importante: hay muchas casas espléndidamente surtidas que giran grandes capitales fuera de los exportadores de yerbas.

El año pasado, según datos recogidos, el comercio de exportación de Posadas, alcanzó á millon y medio de pesos, siendo uno de los principales artículos la yerba y el de importación 240.000.

Existen varios ingenios de moler yerba: el más importante es el del Sr. D. Joaquín Aramburú, movido á vapor: la máquina que allí se emplea es distinta de las de la costa Uruguay, son de cilindros que ruedan por un piso de madera dura triturando así la yerba que allí se coloca: puede moler 8,000 kilos diarios.

La yerba que sale de Posadas es toda preparada por el sistema paraguayo de Barbacú y se exporta embolsada, siendo este procedimiento más limpio y económico que el de tercio y no perdiendo nada de sus calidades.

Los alrededores son magníficos: el terreno es ondulado suavemente: hay varias quintas muy buenas. Sobre la barranca del río, en una especie de punta, se hallan los galpones del cuartel del batallón 3 de infantería de línea, que ha estado durante muchos años de guarnición allí.

La sociedad de Posadas es muy distinguida: he tenido ocasión de observar y de visitar algunas familias en las que he encontrado mucha cultura, buen gusto y excelente educación.

Hay mucho espíritu de progreso y la mayor parte de sus adelantos se deben á la iniciativa y esfuerzo particular: su municipalidad trabaja: han arreglado varias calles, sobre todo la que vá al puerto, al que se puede ir perfectamente en carruaje.

Hay dos hoteles cómodos, talabarterías, herrerías, carpinterías, fotografía y curtiembre. Templo masónico, oficina de Correos y Telégrafos, Municipalidad, tres escuelas, Aduana, Sub-Prefectura y sucursal del Banco de la Nación.

El viajero que crea ir á Posadas para ver algún pueblo original ó raro, debe dar vuelta y evitarse el viaje; pero si desea ver un pueblo culto, una ciudad bonita á 400 leguas de Buenos Aires, y sobre todo, el fruto del trabajo individual y de la iniciativa particular, puede ir convencido de que nunca se quejará de haber hecho viaje más agradable y dudará por momentos de encontrarse en la capital de Misiones; en plena Misiones donde no creía hallar sino ruinas de los Jesuitas en medio de un naranjal espeso sin otro ruido que el canto de la chicharra ó el rujido de algún tigre. Posadas no es una ciudad muerta, allí hay movimiento, hay vida propia, esas

siestas patriarcales de antaño, se van dejando porque el comercio activo y emprendedor es el que mejor despierta y hace mover á los pueblos y sociedades.

Al día siguiente visité la Villa Encarnacion, que se halla frente á Posadas. El Rio tendrá un ancho de 30 cuabras, pero hay vaporcitos que hacen la cruzada cada hora. El pueblo



UN PEON MISIONERO

de Villa Encarnacion está situado en una colina que de la costa vá subiendo hácia el interior: propiamente no tiene sinó una calle muy larga que del puerto vá hasta la plaza principal, donde existen todavía ruinas de Jesuitas. Todas las casas, salvo muy pocas, son de dos aguas, techo de paja, mas bien ranchos que casas, con cercos de palo á pique atado con isipó,

algunas tienen paredes de ladrillo y de piedra, tomadas de las ruinas Jesuíticas. Hay varias casas de comercio importantes; allí como en Posadas, el artículo de mayor comercio es la yerba.

Como en todas las poblaciones paraguayas, las mujeres son las encargadas del pequeño comercio; así no es raro ver en las puertas de las casas, mesas cubiertas con ricos paños de ñandutí, donde están expuestos ataditos de cigarros, chipá, caña de sustancia, velas de sebo, choclos, chicharrones, dulces, etc., que el transeunte, entra, compra, toma ó come allí mismo. Las paraguayas siempre muy zalameras, envueltas en sus pañuelos vistosos con una peineta colocada coquetamente en la cabeza, dejando ver el ñanduty de sus blanquisimos tipois y hablando graciosamente el castellano aguaranizado, entre las bocanadas de humo de sus enormes cigarros, ofrecen á uno con toda la gracia de que son capaces, sus artículos. Hay otras que tienen entre manos verdaderos negocios de importancia; he conocido en Posadas á varias que hacen contratos de miles de bolsas de yerba que llevan á vender al Paraná, Corrientes, Santa Fé y Rosario.

La paraguaya es sumamente activa y tiene en sí un instinto comercial extraordinario, del que carecen en general los hombres; pero el mayor encanto de las paraguayas es su gracia especial y el aseo que en ellas raya en exajeracion; en cualquier rancho paraguayo por mas pobre que sea, se puede entrar con seguridad de encontrarlo todo limpio y arreglado y ellas hacen gala de sus tipois y trages de percal perfectamente limpios y bien almidonados; es sumamente difícil encontrar una paraguaya despeinada ó desgreñada.

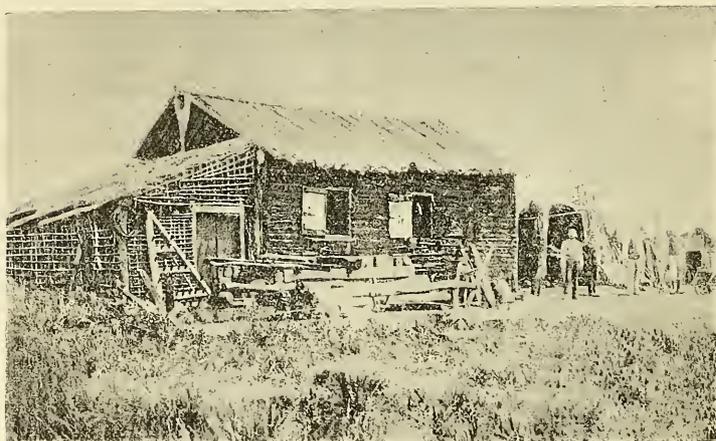
Caminando, llegamos á la plaza donde está el templo que no tiene nada digno de mención, sinó la desidia con que dejan criarse los tacurús en el patio y las abispas cartoneras en sus vetustos corredores.

Después de recorrer el pueblo, bastante cansado y con sed, como la que puede dar un solazo como el que acababa de hacerme pagar mi curiosidad de viagero, entré á un billar y tomé lo que creí hubiera desaparecido de la faz de los despachos de bebidas, una chinchibirra. A las 5 y 1/2 volví á Posadas.

D. Joaquin Aramburú, á quien debo muchas atenciones, me regaló una pequeña hacha de piedra de los Indios Guayaquis, del Alto Paraná costa Paraguaya.

Al otro día Martes 26 á las 6 a. m., salimos con la diligencia en direccion á Santo Tomé.

Los campos que atravesamos son ondulados, con isletas de montes, desparramados aquí y allí: de vez en cuando pasamos un arroyito de agua clara y fresca, como todos los de Misiones, agua que corre por entre piedras cargadas de hierro que las hace sumamente sabrosas sin darle color alguno; despues de mucho tiempo volví á ver hacienda vacuna que empieza á haber bastante en esos campos, si bien en su mayor parte de pastos duros, no dejan de haber alguno de excelentes pastos de engorde, donde ya hay algunas invernadas.



RANCHO DE MISIONES

Pasamos por las ruinas de San Carlos y fuimos á dormir á la excelente posta de Playadito, situada cerca de las ruinas de Apóstoles, de donde sale otra galera en combinacion con la de Posadas que vá hasta Concepcion.

Al dia siguiente á las 6 despues de tomar un mate y un buen café, seguimos viage hasta llegar á Santo Tomé á las 3 de la tarde, despues de pasar el arroyo Yta-cuá, que no tenia nada de particular por estar muy bajo.

Arreglé los asuntos que allí tenia y al otro dia á las 12, me embarcaba en el «Iberá» en direccion á Buenos Aires.

Hacia tres meses que faltaba y no había tenido durante ese tiempo ni un simple dolor de cabeza. Ese clima misionero es admirable; el calor del día queda compensado por el fresco invariable de la noche: aquellos inmensos bosques que cubren sus altas sierras funcionando como desinfectadores encierran con sus perfumes ardientes, embalsaman el aire que dá á los cuerpos energía vigorosa y una salud de hierro.

Sus corrientes de agua que casi no conocen el barro, rodando sobre un lecho de piedra bajo la sombra fresca de los árboles gigantescos, proporcionan al viajero un elemento de vida inmejorable.

En Misiones no se conocen casi enfermedades infecciosas, solo los desarreglos gástricos, causados por la mala alimentación, son los que constituyen las principales enfermedades por allí.

La posición intertropical de Misiones la colocan en condiciones sumamente favorables en cuanto á la producción de los más ricos y variados productos agrícolas. El café, el tabaco, la caña de azúcar, el algodón, el añil, la vainilla, la vid, la mandioca, el maíz, el poroto, el arroz, el maní, todos estos productos se producen con un desarrollo asombroso y una abundancia increíble. Se producen espontáneamente muchas plantas textiles de gran importancia, como el Caraguatá, la Ortiga brava, el Guaimbe, el Igueron, la Ibirá, etc. Las maderas son abundantes y variadas, las hay para todos los usos, desde la leña para quemar, hasta la madera más rica para las obras más delicadas. Las Tacuaras, los isipós, las palmeras, todos se pueden utilizar para la construcción de viviendas provisionales que debe hacer todo colonizador, al principio. Los bosques están llenos de frutas silvestres como la Yabaticaba, la Gavirova, el Guabiyú, la cereza, la fruta del pino, el Guaimbe y muchas otras. En los troncos anidan muchas aves meleras como el guaraypo, el yetey, el vorá, la mandasaia, los mirim, el trapoa, el maudurí, la mumbuca, el mandaguay, la tubuna, y en el suelo, el uruzú ó mandurido chaon, que proporcionan rica y sabrosa miel. Los ríos están llenos de peces, en cantidad considerable, y los montes tienen mucha caza mayor, que es la providencia del pobre, en aquellos parajes.

Ninguna región como Misiones para colonizar; allí hay todos los elementos á mano, sólo se necesita el trabajo del hombre para arrancar de la naturaleza con creces, la remuneración del sudor derramado.

Misiones atrae: el que vaya y se establezca allí, se siente embargado, preso por esa sirena encantadora, que difiere de la mitológica, porque no mata; el hombre se siente prendado, ante la exuberante naturaleza, goza pronto de bienestar por la feracidad de la tierra, que no espera sino la semilla en su seno, que la ha de fecundar. Allí todo es bello y grandioso: el bosque, los ríos colosos que la envuelven en sus frescas ondas, el aire perfumado que se respira, los paisajes deliciosos, los saltos de agua que juegan caprichosos por entre las piedras de sus cerros, las brillantes mariposas multicolores que se bañan en la luz de cualquier rayo de sol y hasta el silencio magestuoso de la naturaleza, que, dormida al parecer, desarrolla esas enormes fuerzas vitales que laten en ese mundo tranquilo y salvaje. Allí, el cerebro fatigado en los embates intelectuales de la ciudades, reposa para volver á vibrar con mayor fuerza en otro orden de ideas; allí se predispone á la poesía de la naturaleza virgen y pródiga y nó á las elucubraciones lloronas de un físico de gabinete; la vida parece renacer, se vuelve á vivir de una vida nueva, llena de sensaciones desconocidas, donde se vigorizan, simultáneamente, el cuerpo con el cerebro.

Algun día no lejano, Misiones estará poblada como merece, y cuando sus campos estén cultivados y el hombre haya transformado la naturaleza hoy inculta, y al caer la tarde se siente en su hogar tranquilo y satisfecho de la labor diaria, en medio de su prole feliz, todo será para él amor y bienestar, hasta la brisa fresca de la oración al pasar por su frente despejada, le secará, acariciándole suavemente, el resto de sudor.

---